

31: Primer mandamiento del Decálogo

Samuel, que con 17 años estudia COU, tiene dos hermanos. El mayor, Luis (23 años), tiene un futuro prometedor, pues ha acabado brillantemente su carrera y ha empezado a cursar un "master". La pequeña es Marina, que tiene 14 años y estudia su curso escolar sin especial brillantez, pues es bastante perezosa en todos los aspectos, aunque es inteligente y siempre sabe salir de aprietos.

Samuel es muy aficionado a la lectura. En la asignatura de literatura le han pedido que lea la novela San Manuel Bueno, mártir de Unamuno. Nunca se había preocupado mucho de su formación doctrinal, y la lectura de ese libro provoca la aparición de bastantes interrogantes sobre la fe. El siguiente libro que le piden es El árbol de la ciencia de Baroja; como es mucho más largo que el anterior, la profesora sólo exige que lean algunos extractos, pero Samuel se enfrasca en su lectura, consciente del carácter anticristiano de esa novela. Más adelante sigue leyendo indiscriminadamente literatura contemporánea. Al cabo de pocos meses se ve asaltado por muchas dudas sobre su fe. No habla de este tema con nadie, pero con frecuencia piensa en ello, y llega a la conclusión de que no puede afirmar la veracidad de la fe cristiana sin tener pruebas que le convenzan de su autenticidad.

Un día, su hermano Luis tiene un accidente con la motocicleta de gran cilindrada que había comprado al acabar la carrera. Pronto se le diagnostica una parálisis irreversible de cintura para abajo. Al principio parece que lo asume bien, pero al cabo de poco su novia le abandona sin previo aviso, y esto le acaba por hundir. Cuando Samuel va a verlo, le encuentra llorando —nunca le había visto así— y abatido. Entre otras cosas, le dice que ha perdido todos los motivos para seguir viviendo, y que si pudiera se quitaría la vida; que una vida como la que le esperaba era un sinsentido insufrible, y mejor sería dejar de existir, o mejor aún, no haber existido nunca.

Samuel sale del hospital aparentemente tranquilo, pero por dentro le domina la rabia. Volviendo a casa decide que a partir de ese momento, exista o no, va a prescindir de Dios en su vida.

Al cabo de unas semanas, sin que hubiera cambiado la situación, Marina llega un día a casa con las notas de la última evaluación. Son, con diferencia, las mejores notas de su vida. Cuando están solos, Samuel, intrigado, le pregunta que "qué mosca le había picado". Marina le contestó que había estado pensando qué podía hacer por su hermano. Como no podía devolverle la salud, pensó que por lo menos podía rezar para que lo llevara con resignación. Antes prácticamente no rezaba nunca, pensaba que era "un aburrimiento", y, aunque solía ir a Misa los domingos, "no se enteraba de nada" porque no atendía y tenía la cabeza en otra parte. Pero el accidente fue un revulsivo para ella. Tras varios días de hacer oración, había cambiado lo de "resignación" por "alegría", y tras meditar un poco pedía para él "que le volviera la esperanza". También había pensado qué le podía ofrecer a Dios, y lo mejor que se le había ocurrido "y que fuera en serio" era estudiar. "Bueno —añadió—, también me confesé, pues llevaba mucho tiempo y siempre lo dejaba para más adelante, pero eso se hace en un momento". Asimismo, dijo que pensaba animar a su hermano, pero que por ahora estaba esperando a que "se le pase un poco la tristeza" y a ser ella "un poco más mayor, o por lo menos que lo parezca, porque nunca me ha hecho ni caso". "Y de paso así doy una alegría a papá y mamá". Samuel se queda sin habla. Por una parte, su orgullo le dice que no quiere cambiar. Pero ve que, de hecho, si alguien ha hecho algo por Luis es Marina, no él. Decide al final volver a pensar todo con calma.

Preguntas que se formulan:

— ¿Cuándo comienza Samuel a descuidar su fe? ¿Cómo? ¿Cuál es la valoración moral de su comportamiento? ¿Por qué? ¿Qué tendría que haber hecho?

— ¿Es lo mismo "ser asaltado por dudas" que "decidir dudar"? ¿Cuál es la diferencia? ¿Y su valoración moral? ¿Qué pecados contra la fe comete Samuel? ¿Son todos graves? ¿Tienen la misma gravedad? ¿Qué papel tiene el orgullo en su situación?

— ¿Hay, desde el punto de vista de la moral, desesperación en Luis? ¿No parece que, al referirse sólo a la vida terrena, su actitud queda al margen de la virtud de la esperanza? ¿Se le puede exigir una esperanza que, en su situación, parece heroica? ¿Por qué? ¿Puede tener algo que ver su estilo de vida anterior con su reacción tras el accidente? ¿Qué piensas que se le podría decir para ayudarlo? ¿Y a Samuel?

— ¿Desde el punto de vista de la caridad con Dios, cómo juzgarías la situación de Marina antes y después de su cambio? ¿Y desde el punto de vista de la virtud de la religión? ¿Hay algún comportamiento en Samuel que se refiera a la virtud de la caridad?

Vid. Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 309-314, 2083-2094, 2118-2128.

Comentario:

Dejando aparte algunos aspectos de la virtud de la religión, que se tratan en otros temas, el primer mandamiento de la ley de Dios comprende las virtudes de la fe, esperanza y caridad con Dios (con el prójimo la abarcan otros mandamientos). Aquí, sea en sentido positivo o negativo, están representadas cada una por cada uno de los tres hermanos: la fe por Samuel, la esperanza por Luis, la caridad hacia Dios por Marina.

Ya se ha examinado la fe en lecciones anteriores. Aquí nos centramos en los aspectos morales. La fe es importantísima en la vida cristiana, pues constituye su fundamento mismo: vivir cristianamente es vivir acorde con la fe. Por eso hay una gravísima responsabilidad de conservarla y robustecerla. Y esto depende de cada uno, pues Dios no va a dejar de dar sus dones. Por eso, la fe nunca se pierde por las circunstancias, ni porque uno "se encuentre" con que ya no le convencen las cosas que antes le convencían. Si se pierde o se debilita, es por culpa propia; es por un acto de voluntad propio, que acepta algo malo. Esto se ve con claridad en el caso. No es lo mismo "verse asaltado" por dudas que "llegar a la conclusión de que no puede afirmar la veracidad de la fe", que constituye un pecado. Es, una vez más, la diferencia entre sentir y consentir.

Hay varios tipos de pecados contra la fe. No tiene especial dificultad comprender el abandono de la fe, sea en algún artículo del Credo (herejía) o de toda la fe (apostasía). Pero a veces el pecado de duda necesita una explicación: el pecado consiste propiamente en dudar—que es suspender el juicio— voluntariamente, no en que vengan dudas e interrogantes a la cabeza. (También hay pecados contra la fe que se dicen "por exceso": otorgar la fe a cosas a las que no se debe, como dar crédito a supersticiones).

Samuel da un paso más cuando decide prescindir de Dios en su vida. Pasa de la duda a la indiferencia, que es peor. Es éste un pecado que afecta tanto a la fe como a la caridad.

Pero, como aquí se pone de relieve, no siempre la existencia de tentaciones es moralmente indiferente. No lo es cuando se buscan, o no se ponen los medios razonables para evitarlas, cuando ello es posible. Y aquí es posible. No lo es al principio, cuando tiene que leer por obligación un libro que niega explícitamente la fe en Dios, o crea dudas directas contra la fe—o es seriamente inmoral— (los libros citados son ejemplos reales). En ese caso,

la obligación de Samuel consistiría en poner los medios para compensar el posible daño que podría causar ese libro. Pero más adelante ya no es una obligación, sino que sigue leyendo cosas dañinas sólo porque quiere. Y eso es una grave irresponsabilidad. Es ponerse voluntariamente en peligro de perder su fe; o sea, ponerse en ocasión próxima de un pecado grave sin necesidad, que es ya un pecado. ¿Qué tipo de pecado? De imprudencia. No es un pecado que vaya directamente contra la fe, sino indirectamente. Pero eso no quiere decir que no pueda ser grave. Lo que sí ocurre es que, por ir contra una virtud —aparte de la prudencia— indirectamente —aquí, contra la fe—, resulta en ocasiones más difícil de valorar con precisión, aunque no es éste el caso. Y es que, en la moral, la prudencia es muy importante, pues, según se actúe o no con prudencia, se salvaguardan las demás virtudes o se pueden poner en serio peligro. En lo que concierne a la fe, el cuidado de las lecturas es un capítulo muy importante a tener en cuenta.

El gran enemigo de la fe es la soberbia. Para aceptar la fe se requiere la humildad de rendir el propio juicio ante la autoridad de Dios. Cuando alguien se aparta de la fe sobrestima su propio juicio, sus propias ideas, que pone por encima de la Verdad recibida. A Samuel le sobra este amor propio. Se nota en su itinerario —se notaría mejor si estuviera narrado con más detalle—, y se nota en que, cuando tiene dificultades, sólo quiere contar con él mismo y con su juicio para resolverlas: "no habla de este tema con nadie". Mala cosa este cerrarse en sí mismo, justo cuando más necesita un consejo acertado, que no es posible recibir de libros que, de un modo u otro, transmiten las propias crisis de fe de sus autores.

Samuel es un ejemplo de lo que no se debe hacer. En sentido contrario muestra bastante bien lo que se debe hacer: robustecer la fe, formarse bien —así tendremos respuestas para las dudas que surjan, propias o ajenas—, cuidar lo que se lee —y lo que se ve, que también influye— y pedir consejo. Y queda lo más importante: humildad y oración —que también es un acto de la virtud de la religión (cfr. C.Ig.C., 2095 y 2098)—.

Luis en cambio es un buen ejemplo de cómo se puede pasar fácilmente de la presunción a la desesperación. Son los dos extremos en los que se puede pecar contra la esperanza. El primero es un exceso de confianza..., pero no tanto en Dios como en uno mismo. Se intuye que eso era lo que le pasaba antes del accidente. No es difícil que suceda cuando parece que todo sale bien en la vida, y que se consigue lo que se quiere con sólo proponérselo. Así es fácil entender que la confianza en Dios se vaya desvaneciendo. O quizás puede "disfrazarse" de teorías que, en el fondo, olvidándose de Quién es Dios, piensan que Él se ha de someter a nuestro capricho, como las que dicen que un Dios misericordioso no puede menos que salvarles hagan lo que hagan.

Como la confianza estaba puesta en uno mismo y para nada en Dios, cuando se vienen abajo los soportes humanos, sólo queda para agarrarse... el vacío. Esto provoca la caída en el otro extremo: la desesperación.

Como puede verse, la esperanza no es una virtud que se refiera tan sólo al más allá, a la salvación o condenación eternas. También se refiere a los medios para conseguir esa salvación, y, con ellos, a la confianza en Dios en esta vida, no sólo porque quiere que nos salvemos y no nos priva nunca de los medios para conseguirlo (cfr. 1 Tim. 2, 4), sino también, y por ello mismo, porque esta vida tiene pleno sentido cuando se vive cara a Dios y cara a la eternidad. La vida así orientada siempre tiene sentido, por dolorosa que sea, y ese sentido le da un carácter positivo, que permite la alegría y la felicidad —aunque no absoluta, que está reservada para el más allá—. Y, de un modo u otro, la vida —la providencia divina, que siempre está detrás de todo lo que nos pasa—, se encarga siempre de enfrentarnos al

verdadero sentido de la vida. Nos corresponde a nosotros aprovechar esas oportunidades. Luis no lo hace... por el momento. La esperanza también hay que aplicarla a los demás: mientras alguien siga vivo en este mundo, nunca hay que darlo por perdido ni por "causa imposible". El episodio evangélico del "buen ladrón", que con un solo acto de perfecto amor purificó su vida, es claro.

El ejemplo de caridad es más positivo que los otros dos. En esta lección se trata de la caridad hacia Dios, pero el caso pone también de manifiesto cómo está inseparablemente unida a la caridad para con el prójimo, pues "el que no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve" (I Jn. 4, 20).

En relación con Dios, Marina ha ido claramente de menos a más. No es frecuente — aunque hay casos — encontrar pecados como el odio a Dios, que, además de atentar contra este mandamiento, es el peor de los pecados, propio del diablo; pero sí es más frecuente encontrar el pecado de omisión: indiferencia hacia Dios, tibieza, tedio hacia todo lo que se refiere a Dios, abandono de la relación con Dios, etc. Era el caso de Marina antes del accidente de su hermano. En este caso, más que la soberbia, era la pereza la culpable de esa situación. Pero reaccionó, y bien.

Cuando se nos dice que amemos a Dios sobre todas las cosas, más que el resultado, lo que se pide es que pongamos todos los medios para ello. Si los ponemos, del resultado se encarga Dios mismo. Se ve la mano de Dios cuando, tras hacer oración, Marina cambia "resignación" por "alegría" y "esperanza". Y el caso es que Marina pone los principales medios: sacramentos y oración. Sin olvidarse del trabajo que, hecho cara a Dios, se convierte en oración.